

Lema: Brisa

## LUNA EN UN CAJÓN

Tu infancia espera bajo los árboles que plantaste

para recordarla un día.

Por las mañanas se abre como una flor.

*Julio Llamazares*

Son ya las cuatro de la madrugada. Eso dice el reloj de la mesilla; el de mis sesos mide un tiempo propio y caprichoso que esta noche circula en bucle. Por eso, si no me aferrara al tic-tac pendulante y seguro de los números cuerdos, no sabría cuánto dura esta mezcla pastosa de vigilia y duermevela.

Sé que he soñado con agua, o he pensado en ella al borde del sueño. Una gran lengua de agua que arrasa, que mana de una boca voraz que se ríe. Debe ser porque afuera llueve, aunque es distinta esa otra agua fina que acaricia los cristales como los flecos de un mantón.

“Busco a Luna”. Eso has dicho. Como si fuera lo más normal del mundo. Has revuelto un poco más las prendas, mirando bajo las enaguas y los camisones. Luego te has quedado unos segundos mirando al frente, como pensando... Has cerrado el cajón de la cómoda y te has vuelto a meter en su cama, sin tan siquiera mirarme.

Como si fuera lo más normal del mundo. Buscar a una perra en un cajón. Como si nada cambiara el venir ahora a hablar de ella, después de 60 años de muros de silencio. Como si nunca hubieses pronunciado aquellas palabras: “no es más que un perro”.

Te has vuelto a meter en tu cama, pero yo sé que ya no descansaré en la mía. Por eso me quedo a tu lado en la mecedora, escrutando cada surco de tu frente, tan suave como un tejido de seda que al dejarse caer sobre la superficie dura de tu cráneo se hubiese quedado posado ondulante; peinando con la vista cada cana, que llevas siempre tan primorosamente recogida en un moño; intentando traspasar esas arrugas y ese pelo tan mimados, vestigios de una dignidad que no cede al abandono en que se sume tu mente, como si así pudiera saber qué se esconde en tu cabeza, qué se ha escondido estos 60 largos años.

En el último año, madre, tus memorias y tus olvidos han ido alternándose de forma caprichosa, y yo he ido haciéndome a la herida que me provoca que me conozcas y no me conozcas, que ahora estés aquí para dentro de un instante estar sin estar. Tú decías que los seres humanos se habitúan a todo, que son más fuertes de lo que piensan, que siempre lo son aún un poco más, y será por eso que la llaga se ha ido haciendo cicatriz.

En estos días vengo pensando que tus recuerdos van y vienen, como la marea de este Mediterráneo que veo desde la ventana, al que en tu vejez te he traído, que ahora trae una concha, ahora se lleva un pequeño rastrillo extraviado... Pero lo de esta noche ha sido distinto: las aguas que están moviendo tus ideas no son las de este mar cálido en calma; son aquellas otras, las viejas aguas del pantano que sumergió Oliegos, nuestro pueblo, del que asoman, cuando el caudal baja, los restos de pizarra de la iglesia sin campanas, del molino sin rueda, de las casas destechadas, de los muros roídos que pasaron del verde hiedra al verde alga, de los troncos putrefactos de robles, chopos y castaños... Que quizás sumergió a mi perra, mi Luna, mi Lunita... ¡Y esta noche vienes a decirme que *mi* perra es *nuestra* perra!

Intento desconectar del desasosiego que me produce este cambio inédito en ti y cierro los ojos, procuro concentrarme en sensaciones físicas, mi respiración, mis músculos, pero una sensación de frío húmedo me lo impide. Cojo la manta de cuadros rojos que sueles echarme sobre

la falda cuando te sientas aquí y me arropo hasta los hombros. Este noviembre, que ha sido tan cálido, ya dicembrea... Noviembre... Y en este momento caigo en que tu repentino recuerdo no es azaroso. Hoy es 28 de noviembre. Un calambre recorre mi espalda.

Otra madrugada como la de hoy, hace exactamente 60 años, nuestros papeles estaban intercambiados. Yo dormía profundamente, tan plácida e inconscientemente como el niño de siete años que era. Tú intentabas descansar un poco, sabiendo que no habrías de dormirte, que a pesar del cansancio los nervios no te dejarían hacerlo, en ese intervalo entre el ajetreo de los últimos preparativos con los que habías estado bregando hasta pasada la media noche y la marcha que iba a comenzar unas horas después.

Al amanecer del 28 de noviembre de 1945, los chirridos de las puertas al abrirse comenzaron a rasgar el frío silencio de la mañana. Aquellas bocas abiertas de las casas de piedra comenzaron a vomitar la vida de las 38 familias que las habitaban, resumida en sus pertenencias más queridas y más precisas, que se apilaban a la entrada. Mientras mi madre sacaba a la puerta una vieja maleta rígida de piel marrón desgastada y la colocaba junto a un par de sacos, yo sostenía aferradas a mis manos las dos únicas cosas que por nada hubiese dejado atrás: mi libro ilustrado de *Maravillas del Mundo* y la correa de Luna.

Me acerqué al establo para recoger a la perra, pero esta mañana no me recibió la estampa de su hermoso y enorme cuerpo de mastina preñada esforzándose por incorporarse sobre sus patas entre la paja, viniendo luego hacia mí con su andar pesado, su brioso movimiento de rabo, los ojos chispeantes y la boca entreabierta, preparada para emprender el ritual matutino de lametones con los que me daba los buenos días.

Resultaba inquietante ver el cobertizo vacío ahora que habíamos vendido los animales, no sentir el calor que desprendían los cuerpos de las vacas y sus excrementos, no oír sus mugidos,

más aún cuando el rastro del olor familiar de la cuadra persistía y hacía que el contraste entre la yerma imagen de ahora y la evocación de un pasado tan reciente fuera todavía más vivo.

- ¡Madre! ¿Vio usted a Luna? No está en el establo.

Ella fregaba en la pila los tazones en los que hacía un rato habíamos tomado algo de leche con pan migado. Suspiraste, antes de responder.

- No, no la vi. Anda, Miguelín, ve colocando las cosas que he puesto fuera en el carro.

- ¿Montaremos el carro en el tren?

- No. Los carros se los llevarán de vuelta, para que los aprovechen en Villameca.

- Le dejaré un hueco a la perra: ya a punto de parir no podrá caminar de aquí a la estación de Porqueros.

Volviste a suspirar. Se la veía triste, y también cansada, aunque eso no le robaba belleza a su rostro fino, de grandes ojos verde pardo y labios carnosos. Una cara de mujer joven, por más que las ropas de luto y unas manos curtidas en los arduos trabajos del campo se empeñaran en desmentirlo.

Cargadas nuestras escuetas pertenencias, volví al establo, a ver si Luna había vuelto. El mismo olor a ausencia volvió a recibirme. Busqué en el huerto, en el gallinero, lugares improbables para hallar al animal, una vez había aprendido de cachorro que espantar a las aves y excavar entre las patatas no eran comportamientos apropiados para un perro del que se esperaba que vigilase la casa, pastorease las vacas y le plantase cara a algún que otro lobo hambriento. Le pregunté a tía Rosa, cuya casa se levantaba junto a la nuestra. Nada.

- ¡Luuuunaaaa! ¡Luniiitaaaa! –llamé, intercalando entre su nombre el silbido de cuatro toques con que padre siempre la llamaba y que yo aprendí de él.

No era habitual que la perra se alejara sola de casa y menos ahora, que tan pesada debía encontrarse con las crías presionando su vientre, cada vez más hinchado... ¡Eso era! ¡Los cachorros! Quizás Luna había parido ya y había intentado esconder a sus hijos. La última vez que

dio a luz, todos sus perritos, menos uno que se quedó el panadero, acabaron sus horas en el río. Padre me dijo que habían muerto en el parto, pero Tomás, el hijo del campanero, al que le encantaba hacerme rabiar y con el que más de una vez había batallado a pedrada limpia, me abrió los ojos.

- ¡Qué inocente eres, Miguelín! Los perros están en el río Tuerto. ¡Poco contentas que se habrán puesto las truchas!

- ¡Qué sabrás tú!

- Tú sí que no te enteras de nada, ¡soloño, pasmao!

- ¡Déjame en paz!

Le di la espalda rápidamente, sacrificando mis ganas de pegarle un puñetazo a cambio de que no viera las lágrimas que ya empezaban a asomar a mis ojos. Mientras me alejaba, clavándome las uñas en las palmas de las manos, podía oír cómo Tomás imitaba el aullido de un cachorro.

Así que si la perra había decidido esconder a sus perrines nunca habría elegido los alrededores del río como lugar propicio; pero tampoco habría tirado hacia el monte, donde sus cachorros estarían expuestos a los lobos. Quizás se había refugiado en la casa del Cojo, abandonada desde que su propietario, un solitario viejo cascarrabias sin descendientes, muriese hacía ya unos años. Hacia allí me dirigí.

Despejé la maleza que ocultaba la vivienda y empujé la puerta podrida y medio abierta. Las paredes estaban en pie, pero el techo había cedido en parte, lo que permitía que un haz de luz entrara desde arriba, compensando la oscuridad que provocaban en el resto de la casa las ventanas tapiadas. Cuando puse el primer pie dentro, un escalofrío recorrió mi columna. Era la

primera vez que entraba solo en aquel lugar, que los niños del pueblo ya habíamos catalogado como perteneciente al más allá. En nuestras excursiones a la morada fantasmal, yo lograba disimular mi miedo, siempre atento para echar a correr al recurrente grito de “¡que viene el espíritu del Cojo!”, que alguno lanzaba de forma indefectible tras creer vislumbrar su silueta espectral bajo un polvoriento abrigo colgado en una percha, detrás de una cortina rasgada o bajo las ropas de su cama desecha. Sólo la urgencia por encontrar a Luna podía conseguir que yo me adentrara a solas en aquella guarida tenebrosa y polvorienta.

La entrada de la casa acumulaba cachivaches junto a las paredes: un trillo, un yugo, una silla de enea rota, un baúl...Al fondo, una puerta daba paso a la habitación que en su día hacía de despensa y donde el Cojo colgaría los productos de la matanza; a la izquierda, un dormitorio y a la derecha otra puerta comunicaba con la cocina. El rayo de luz que se filtraba del techo de forma lateral dibujaba un camino de polvo dorado que apuntaba directamente a esa estancia. ¿Me indicaba el lugar donde se escondía Luna? O, lo que era más inquietante, ¿apuntaba la situación del fantasma? Yo ya podía ver al Cojo, sentado en el banco largo de madera, limpiando su escopeta, frente al fogón de leña, con la misma dentadura despiezada y amarillenta que tuvo en vida y esa carne de inconsistencia traslúcida que yo imaginaba que se adquiere tras la muerte.

Si quería encontrar a mi perra, no tenía más remedio que averiguarlo. Todavía en el umbral de la casa, cerré los ojos y respiré hondo para tomar valor cuando, de pronto, un crujido a mi espalda me paralizó. Contuve la respiración, mientras notaba que el corazón se me quería salir del pecho. Otro crujido más cercano a mi espalda. Una gota de sudor me resbala por la sien. Aprieto los párpados y puedo sentir en mi nuca el peso de una presencia que me acecha...

- ¡Miguelín! ¡Miguel, hijo! ¡Despierta!

Su voz, difusa, iba penetrando en mi oscuridad.

- ¡Hijo, por Dios, no me asustes!

La voz sonó más cercana, aunque aún tardé unos segundos en percibir algo de claridad y ver después, de forma borrosa, su rostro sobre el mío.

- ¡Gracias a Dios! ¿Puedes verme? ¿Te encuentras bien?

Madre me cogió la cara con ambas manos. Estaba pálida, tenía el semblante desencajado y dos mechones de su negro pelo colgaban desordenados sobre sus mejillas. Me ayudó a sentarme y me acarició la cabeza.

- ¿Qué ha pasado? –logré preguntarle–.

- Pues... Supongo que debí asustarte. Te andaba buscando por el pueblo hacía rato, hasta que se me ocurrió pasar por aquí. Te vi parado en la puerta, me acerqué y te puse la mano en el hombro. Entonces, caíste desplomado.

- Pensé que era el Cojo...

- ¿El Cojo? ¡Cojo te voy a dejar yo a ti! ¿Cómo se te ocurre venir a jugar cuándo sabes que tenemos que marchar de viaje?

- No vine a jugar, vine a buscar a Luna.

- Miguelín, no podemos perder más tiempo, nos están esperando.

- Pero sin Luna no podemos irnos....

- Vamos o se nos escapará el tren.

- Pues que se escape, yo, sin la perra, de aquí no me muevo.

- No te preocupes por ella, seguramente habrá buscado un sitio escondido para parir. Cazaré conejos... Cuando los cachorros sean un poco más grandes igual tira hacia Villameca, allí alguien los acogerá, los mastines siempre son útiles. Estará bien, mejor aquí que allá donde nosotros vamos, ¿qué iba a hacer la perra en Madrid, entre cemento y coches?

- ¡Que yo no me voy sin ella!

- ¡Tú harás lo que yo te diga y sanseacabó!

Me tiró del brazo bruscamente y me elevó del suelo. Luego comenzó a caminar.

- ¡Vamos!

Mi corazón volvía a latir con fuerza, esta vez por el temor a la reacción que provocaría en ella mi desafío, aunque mi entrecejo fruncido, mis labios apretados y mis brazos cruzados sobre el pecho impostasen una pose de testaruda determinación.

Se volvió, vino hacia mí y se me paró delante con los brazos en jarra. Yo le sostuve la mirada. Al cabo de unos segundos, sonrió mientras movía la cabeza en gesto de negación. Luego, cogió mi cara entre sus manos y me miró con dulzura, sin embargo, sus palabras me atravesaron como cristales de hielo:

- No es más que un perro.

Ojalá aquel gélido puñal se hubiese derretido en lágrimas y en palabras. En cambio, permaneció allí dentro, prendido en mí, y de la herida manó un invisible líquido abundante que se interpuso entre nosotros, y la dejó a ella en la orilla del pragmatismo y a mí en la de los sueños.

Su orilla siempre estuvo más concurrida. En ella estaban aquella mañana de noviembre todos nuestros vecinos sobreponiéndose a su congoja a base de resignación. Todos menos uno. Matías el molinero no cargó sus pocas pertenencias en un carro, ni miró hacia atrás por última vez con lágrimas en los ojos, ni vio cómo cada vez se hacía más pequeño el otero apostado en la montaña pizarrosa que fue su pueblo. Matías el ex maestro no montó en uno de los treinta vagones del tren que llevaría a sus paisanos de Porqueros a Foncastín, en un destierro forzoso hacia tierras vallisoletanas.

Matías había sido muy amigo de padre. Era el único con quien podía hablar de él. En casa, padre era una fotografía enmarcada en la cómoda de la que fue su habitación, desde la que me miraba un hombre joven de pelo castaño, cejas espesas, mirada pura y sonrisa franca. Madre no hablaba de él. A ella no le gustaba hablar de los muertos. Por eso, después de subir a aquel tren tampoco volvió a hablar de Luna ni de nuestro pueblo, convencida de la inutilidad de intentar volver a los momentos perdidos, ni quiso reconstruir nuestras vidas en el sucedáneo de Oliegos que



pretendían que fuera aquel pueblo de Valladolid que nos habían asignado. Por eso, nosotros continuamos nuestro viaje hasta Madrid, la ciudad sin raíces, el lugar donde nadie parecía haber nacido, donde nadie tenía enterrado a sus antepasados, el sitio ideal para olvidar. Allí madre tenía una tía que regentaba una portería en el barrio de Chamberí; la mujer ya era mayor y quería jubilarse, y al hilo de nuestra marcha forzada del pueblo, le ofreció a ella hacerse cargo del puesto.

Antes de saberlo, yo fantaseaba con la idea de recuperar el mundo que ahora me robaban, de reproducir mis días infantiles entre caras conocidas, de encontrar otra casa de pizarra, otro río truchero, otras sombras de castaño, otra casa con fantasma. Ahora sentía que lo perdía todo.

De tía Rosa, fiel a su hermana, tampoco podía esperar que desempolvara recuerdos que ella había guardado bajo llave. De tía Rosa yo podía esperar tostas recién hechas, cuentos antiguos, acertijos, canciones de La Cepeda, besos y peinados con agua y raya al lado, pero no historias familiares. Era Matías quien mantenía encendida la llama del pasado, que yo alimentaba con mis incansables preguntas.

De padre yo recordaba los brazos fuertes, velludos, con la camisa remangada, que me aupaban para coger castañas; y la sonrisa satisfecha tras los atracones de moras, de cuyas manchas rojas, me decía, no había que preocuparse porque con una verde se iban; y los ojos chispeantes cuando se posaban en las páginas satinadas de *Maravillas del Mundo*, que leíamos debajo del inmenso castaño y recorrían una vez más los lugares adonde soñaba viajar. Seguramente, cuando a mi padre se le vino encima aquella pared de carbón en la mina de Tremor, su viaje hacia la luz no fue hacia Dios, sino hacia la blancura deslumbrante del Taj Mahal.

Padre no creía en Dios y sí en los hombres. Pensaba que si se quería prosperar no valía rezar, sino actuar. Por eso se había afiliado en 1935 a un sindicato minero en el que sólo estuvo un año, porque en el verano de 1936, poco después del levantamiento militar, cayó León, con toda Castilla la Vieja. Desde Burgos, los sublevados organizaron una feroz represión que se llevó por delante a muchos de sus compañeros, organizadores de huelgas, militantes en partidos de

izquierda, defensores de la República, a los que sacaban de sus casas delante de sus mujeres, de sus hijos y de sus padres para darles el paseillo de madrugada. Cientos de muertos junto a muros salpicados de rojo con los ojos abiertos mirando al amanecer sin verlo ya; cientos de ojos llenos de tierra en una cuneta cualquiera al borde de un camino.

Mi padre, en cambio, al que le había dado poco tiempo de significarse y que tenía un hermano con mando en la Falange, pudo ver muchos amaneceres más, aunque 372 de ellos lo hizo por la ventana de su celda en la Prisión Central de Astorga. Fue también mi tío falangista quien intercedió por Matías, que había sido su maestro, y lo libró de acabar con un tiro en la frente. Sus superiores, que dudaron bastante de librar de la pena de muerte al docente republicano, se conformaron finalmente con mandarlo tres años a la cárcel de Porlier de Madrid, inhabilitarlo para el ejercicio de la docencia (lo que eufemística y cínicamente llamaban depuración) y obligarlo a retractarse de sus ideas laicas y masónicas.

Cumplida su condena, Matías cambió la escuela por el molino que había heredado de sus padres, aunque nunca perdió ese espíritu de enseñante innovador, que prefería mostrarte la naturaleza en un bosque antes que en un libro, y hacerte pensar antes que darte soluciones. Ambas cosas hacía con ese único y privilegiado alumno que era yo. Me gustaba subir con él al monte San Bartolo, con Luna acompañándonos con la lengua fuera, desviándose a veces del camino para olisquear entre las urdes y los piornos. Al llegar arriba, disfrutábamos de las vistas y de las viandas que mi amigo traía en el morral: un poco de cecina, pan de hogaza, miel de brezo que él mismo recogía de su colmena hecha en un truébano.

Otras veces íbamos al Tuerto a pescar, y la perra intentaba darle zarpazos a los peces que remontaban la corriente en los saltos de agua, y luego nos comíamos las truchas con sopas de ajo, según una receta que Matías había heredado de su madre. Fue en una de esas excursiones cuando le pregunté aquello de lo que en casa no se hablaba:

- ¿Por qué se va a inundar el pueblo?

- Porque van a construir un pantano y las aguas lo cubrirán todo.
- ¿Y por qué quieren construir un pantano?
- Dicen que es el progreso.
- Pues el progreso tiene muy mala pinta.

Matías no quiso aceptar que el progreso dictara cómo debía vivir su vida. Le habían quitado tantas cosas en el camino que se prometió a sí mismo que al menos nadie decidiría por él dónde habitar ni qué pensar. Por eso no subió aquella mañana de noviembre a ningún vagón, porque quería sentirse maquinista de su propio tren. Yo sí subí. En silencio. Tan mudo como las campanas de la iglesia que se llevaron consigo en el tren los desterrados, y que ya nunca más resonarían por el valle al toque de laborada al amanecer, ni animarían el mediodía anunciando el regreso a casa para comer, ni llamarían al atardecer al toque de oración, ni avisarían en verano de las tormentas con su toque de trueno a Santa Bárbara. Subí tan mudo como los muertos que dejábamos en el cementerio del pueblo, cuyas tumbas, próximas a ser cubiertas por las aguas, miraban sus familiares por última vez con lágrimas en los ojos y rezos en las bocas.

Si cerraba los ojos yo sólo podía pensar en Luna; me venían a la mente los retozos con ella en el prado, cuando ambos éramos cachorros, y los días de invierno, cuando se camuflaba en la nieve tan quieta que sólo era capaz de reconocerla por el hociquico negro. A mis compañeros de viaje les atormentaban otros recuerdos, quizás se veían a sí mismos por última vez cortando urces y truébanos, o vendiéndolos en Astorga, o tocando la toba para anunciar la salida del rebaño al monte, o pescando en el río bajo los chopos, o haciendo botillo y empanadas con cuscarones tras la matanza... Quizás se preguntaban si en Foncastín se estilaría eso del filandón, las reuniones nocturnas en una casa en las que las mujeres cosían o hilaban en la cocina mientras charlaban, los hombres jugaban a las cartas, los jóvenes cantaban y bailaban al son de la pandereta y a veces una anciana contaba sus romances... Puede que alguna niña se lamentara, pensando que a ella ya no le harían el rastro como a su hermana cuando se echara novio, que nadie cubriría de paja

la calle desde su casa a la de su futuro marido y hasta la iglesia la noche antes de que el sacerdote leyese las primeras amonestaciones.

Si Picasso hubiese visto aquel tren, quizás habría pintado un *Oliegos* al estilo *Guernica*, un cúmulo estridente de gente llorando, vacas, perros, campanas, aperos de labranza, baúles, imágenes de las Angustias y San José rescatadas de la iglesia, la madre de Avelino Elías a punto de parir... Tan surrealista como el convoy era el sueño que tuve en aquel viaje y que se convertiría en recurrente hasta la actualidad: en él veía a Luna con sus cachorros ya nacidos, tres perritos albos, calcados a su madre, todos buceando bajo las aguas del pantano, recorriendo las calles submarinas del pueblo como truchas peludas. En mi letargo no percibía nada incongruente en aquellos mamíferos acuáticos caninos, y sí la inmensa tranquilidad de saber que habían sobrevivido a la catástrofe y eran felices.

Esta noche, he vuelto a soñar con agua. Vuelvo la cara hacia ti y veo que tú también me estás mirando con tus ojos verde agua. Tu mano anciana agarra la mía con firmeza pero con suavidad y con el semblante más lleno de paz que le había visto nunca me dices:

- Miguel, Luna está bajo el castaño.

Yo estrecho tu mano entre las mías y te sonrío, sin entenderte muy bien.

- Gracias por decírmelo.

Espero aún un rato asido a ella, hasta que amanece y es hora de llamar a tía Rosa.

- Hola, Miguel.

Tía Rosa me saluda antes siquiera de que yo hable.

- Supongo que ya lo sabes...

- Sí, mi niño, soñé con flores amarillas y me desperté con un palpito.

Mi madre y su hermana siempre tuvieron una conexión especial.

- Se ha ido en paz, tía.

- Así debe ser, mi amor. Ha vivido 85 años con salud y fortaleza, y su corazón se ha ido apagando poco a poco, sin hacerla sufrir. ¿Qué más podemos pedir?

Si alguien sabía algo de aquella historia tenía que ser tía Rosa.

- Tía... Hoy madre se ha estado acordando de Luna, la perra que yo tenía de pequeño, ¿la recuerdas?

- Sí, claro, siempre andabas con ella.

- Madre se ha querido despedir de una forma extraña, me ha dicho que Luna está bajo el castaño, y yo no sé si es un recuerdo o una alucinación.

- Es totalmente cierto. Yo misma la ayudé a enterrarla.

- ¿Qué pasó, tía?

- Le prometí no contarte nada, ella no quería que sufrieras aún más de lo que ya ibas a hacerlo, prefería que recordaras los buenos momentos, que te pudiese quedar la esperanza de que ella se hubiese escondido en algún lugar para dar a luz y pudiese sobrevivir.

- ¿Pero qué le pasó?

- La tarde antes de que os fuerais, tú habías ido a ver a Matías para despedirte de él. Tu madre se quedó en casa, con los preparativos del viaje y vio cómo la perra se alejaba. La observó atravesar el prado y meterse entre los árboles. Pasaron unas horas y Luna no volvía. Decidió salir a buscarla; si se había marchado a buscar un sitio donde parir, no volvería esa noche, querría quedarse varios días oculta hasta que los cachorros tuvieran algo de autonomía, como ya había hecho alguna otra vez. Me pidió ayuda para dar con ella más rápido. Después de buscar un buen rato, la encontró a la entrada de una pequeña cueva que se formaba entre unas rocas. Estaba tendida en el suelo, con heridas, y ya no respiraba. La habían atacado lobos. Tuvieron que ser varios y aprovechar que había dado a luz, porque de otro modo no hubiese ocurrido. Atacaron a los cachorros pero ella murió defendiéndolos y debió pelear con todas sus fuerzas porque los lobos también habían dejado un reguero de sangre que se perdía hacia el bosque.

Tantos años después todavía me hacía daño pensar en el final que tuvo mi valiente compañera. Un solo lobo, y aún varios, con Luna en plenas facultades, no se hubiesen atrevido con ella. Cuántas veces habían observado en la distancia el rebaño vigilado por la perra sin atreverse siquiera a acercarse.

Tía Rosa me contó cómo ambas volvieron al pueblo y tomaron una carretilla y dos palas para enterrar a Luna bajo el castaño, como mi madre había decidido. Sabía que aquel árbol inmenso guardaba la memoria del tiempo que yo había compartido con mi padre, comiendo su fruto, leyendo bajo su sombra, soñando con recónditos lugares, con la perra siempre a nuestros pies.

Oliegos, 28 de noviembre de 2006.

Hemos tardado un año pero aquí estamos, madre. Un año más o menos no importa, cuando he tardado décadas en entender tantas cosas... Tu cómoda, esa vieja cómoda en la que buscabas a Luna, no en vano, porque era una puerta al pasado, me ha mostrado que un cajón puede explicar toda una vida. Bajo la ropa, en aquel cajón con olor a madera antigua guardabas tres cartas, dos recortes de periódico y una foto. Cinco piezas de papel que respondían a destiempo a mis porqués.

Por la correspondencia que mantuviste con tu hermana pude entender los motivos por los que marchamos a Madrid y que nada tenían que ver con una huida hacia delante, sino con tu propósito de construirme un futuro con más posibilidades. A pesar de saber de mi apego al mundo en que vivíamos, también conocías, como sólo una madre puede, mi ser y mi sentir. Te preocupaba que yo, tan apegado a los libros y a la rebeldía como padre; tan sensible que huía el día de la matanza para no escuchar los chillidos del cerdo, que no comía un pollo que hubiera conocido previamente; tan apegado a los afectos de hombres y bestias, no encajase en aquel universo rural.

Tú, que confesabas en aquellas cartas tu miedo a que yo conociese el pasado político de mi padre y lo mitificase, que callabas y ocultabas como tantas otras víctimas de la represión, pensaste que en la gran ciudad pasarían más desapercibidas mis heterodoxias. Querías también facilitarme el camino del estudio, evitar que tuviese que ganarme la vida arando y partiendo cuellos de gallinas, o abriéndome paso en las negras entrañas de las minas.

Por las hojas de periódico que guardabas supe que tu desagrado ante mi decisión de estudiar Filosofía y Letras fue pasajero. “Te morirás de hambre”, me dijiste. “Pero seré un hambriento feliz”, te respondí. Años más tarde, recortabas con secreto orgullo la noticia sobre la presentación de mi primer libro y, algo después, el primer premio a una de mis novelas. De tu boca recuerdo una pequeña crítica a mis primeros relatos, que obsesivamente se desarrollaban en entornos naturales y rústicos idealizados. “No todo aquello era tan bello como lo cuentas”.

Sin duda ese entorno mitificado, ese Macondo leonés –como había dicho algún crítico- que era el verdadero protagonista de mis libros, era efecto de una separación traumática, así que al fin y al cabo le debía a la desgracia pasada las gracias presentes.

Por la foto que encontré pude recuperar la memoria de lo que un día fuimos. Desde un pasado en blanco y negro me sonríes, madre, el brazo de padre sobre tus hombros, nuestra casa al fondo y una Luna cachorro a vuestros pies. Y yo estoy allí dentro, un bebé en tus brazos que mira desde la imagen al hombre en que se ha convertido, que le devuelve la mirada desde el otro lado del espejo.

Y ahora que al fin comprendo tantas cosas, al esparcir tus cenizas bajo el castaño, el niño que siempre fui asoma a mis ojos para regar con su llanto el árbol de mi infancia.